

# CUANDO SOPLAN LOS VIENTOS CAMBIANTES

FRITZ LEIBER

*FRITZ LEIBER es conocido del público español por el cuento "Un balde de aire", publicado en MAS ALLA, y más tarde por el libro de cuentos "Naves a las Estrellas" publicado por GALAXIA. Fritz Leiber, que tiene ya 57 años, fue actor, como su padre, y en estos últimos años le ha entrado la vena de la pintura. Tiene en su haber, infinidad de cuentos y novelas, de los que se ha seleccionado WHEN THE CHANGE-WINDS BLOW, publicado en MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION, para formar parte de este volumen.*

\* \* \*

Me encontraba a medio camino entre Arcadia y Utopía, en largo vuelo de exploración arqueológica, en busca de colmenas de coleópteros, verticales colonias de lepidópteros y ruinas de ciudades de los Antiguos.

En Marte se habían estancado en los nombres fantásticos que los viejos astrónomos soñaron en sus cartas. Habían hallado un Eliseo, también un Ofir.

Juzgué que me encontraba en alguna parte próxima al Mar Acido, el cual, por rara coincidencia se convierte en ponzoñoso pantano poco profundo, rico en iones de hidrógeno, cuando se funde el casquete de hielo del norte.

Pero no veía señal de ello debajo de mi, ni tampoco rastros arqueológicos de ninguna clase. Sólo la infinita llanura yerma y rosada, brumosa de polvo de felsita y de óxido de hierro, deslizándose constante bajo mi rápido vehículo volador, con una angosta cañada o bajo cerro de trecho en trecho, pareciendo a todo el mundo ¿Tierra? ¿Marte? como partes del desierto de Mojave.

El sol estaba a mi espalda, inundando la cabina con su ya mortecina luz. Unas cuantas estrellas titilaban en el firmamento azul. Reconocí las constelaciones de Sagitario y Escorpión, y la roja cabeza de alfiler de Antares.

Yo llevaba mi traje espacial rojo. Hay bastante aire en Marte ahora para sobrevolarlo, pero no para respirar, aun cuando se viaje a pocos cientos de metros de su superficie.

A mi lado estaba el traje espacial verde de mi copiloto, que debiera haber estado ocupado por alguien, si yo fuese más sociable, o simplemente más respetuoso con el reglamento de vuelos. De cuando en cuando me ladeaba y le daba un codacito.

Y las cosas parecían misteriosas, fantasmagóricas, que no es como debe sentir las quien gusta de la soledad tanto como yo, o lo pretende. Pero el paisaje marciano es aún más espectral que el de Arabia o el del Sudoeste americano... solitario y hermoso y obsesionado con muerte e inmensidad y a veces ataca a quienes lo cruzan.

De algún antiguo poema provinieron las palabras: ".. y nacieron extraños pensamientos, que aún bílrun en mis oídos, sobre la vida ésta antes de que yo la viviera."

Tuve que evitar el inclinarme hacia adelante, y pasé la vista por el visor del traje espacial verde, para ver si contenía ahora a alguien. A un hombre flaco. O a una alta

y esbelta mujer. O a un marciano coleóptero de articulaciones de cangrejo, que necesita de un traje espacial tanto como éste le necesita a él.

O... ¿quién sabe?

Había una gran quietud en la cabina. Era un silencio que casi resonaba. Yo había permanecido a la escucha de la Base Deimos, pero ahora la lunilla exterior ya se había sumido bajo el horizonte del sur. Habían estado emitiendo un programa de sugerencias acerca de separar a Mercurio del sol para convertirlo en luna de Venus —y dando también rotación a ambos planetas—, para de tal modo despejar la espesa atmósfera abrasiva como la de un horno de Venus y hacerlo habitable.

Sería mejor acabar primero con Marte, pensé.

Pero casi inmediatamente apareció la secuela a este pensamiento: No; deseo a Marte para gozar de la soledad. Por eso vine aquí. La Tierra se fue atestando de gente, y ya se ve lo que ha pasado.

Sin embargo, en Marte hay momentos en que sería agradable tener una compañía, hasta para un solitario como yo. Es decir, si se pudiera escoger la compañía.

De nuevo sentí el impulso de escudriñar en el interior del traje espacial verde.

Pero, en vez de eso, eché un vistazo en derredor. Todavía sólo el polvoriento desierto extendiéndose hacia poniente; casi sin rasgos, aunque de un rosa oscuro como un melocotón pasado. "Verdadero melocotón, rosado y sin tacha... Todo mármol color melocotón, el extraño y sazonado vino de una cosecha abundante..." ¿Qué era ese poema?, preguntó mi mente.

En el asiento a mi lado, casi bajo la cadera del traje espacial verde, vibrando un poco con él, había una cinta: iglesias y catedrales desaparecidas de Tierra. Los antiguos edificios tenían para mí un prohibitivo interés, desde luego, y además, algunos de los montículos o colmenas de los negros coleópteros se parecen extraordinariamente a las torres y espiras de la Tierra, hasta en detalles tales como ventanas de aguda ojiva y alados arbotantes, como si se hubiese sugerido allí un elemento imitativo, quizás telepático, en la arquitectura de aquellos seres que, a pesar de su inteligencia humanoide, son muy semejantes a insectos sociales. Estuve repasando el libro, en mi última parada, a la caza de parecidos en las residencias de coleópteros, pero luego un interior catedralicio me recordó la Capilla Rockefeller de la Universidad de Chicago y saqué la cinta del proyector. En esa capilla era donde había estado Mónica cuando obtuvo su doctorado en Física una radiante mañana de junio, mientras el chorro llameante de los cohetes de despegue lamia la orilla sur del lago Michigan... y no quise pensar en Mónica. O, más bien, ansiaba demasiado pensar en ella.

Lo hecho, hecho está y además ella ha muerto ya hace mucho tiempo... ¡Ahora reconocí el poema!... El obispo dispone su tumba en la iglesia de Santa Práxedes, era de Browning. ¡Parecía un lamento lejano!... ¿Había en la cinta una vista de San Práxedes? El siglo XVI... y el obispo agonizante suplicando con sus hijos por tener una tumba grotescamente grandiosa... con un friso de sátiros, ninfas, el Salvador, Moisés, linceos... mientras, como trasfondo, el obispo piensa en la madre de ellos, en su amante...

"Vuestra esbelta y pálida madre, con sus ojos parlantes... El viejo Gandolfo me envidiaba, por lo bella que era!"

Roberto Browning y Elisabeth Barrett y su gran amor...

Mónica y yo mismo y nuestro amor que nunca tuvo comienzo...

Los ojos de Mónica hablaban. Era esbelta y delgada y altiva...

Quizás si yo hubiese tenido más carácter, o sólo energía, habría hallado alguien más a quien amar... ¡un nuevo planeta, otra muchacha!... y no permanecería inútilmente fiel a aquel antiguo romance, y no estaría cortejando a la soledad, enclaustrado en Marte dentro de una ensoñado vida—muerte..

Horas y más horas en la noche inanimada, me pregunto ¿Vivo, o estoy muerto?.

Mas, para mi, la pérdida de Mónica está ligada, no puedo deshacer su lazo, desatar su nudo, con el fracaso de la Tierra con mi abominación por lo que la Tierra se hizo a si misma en su orgullo de dinero y poder y éxito. Comunistas y capitalistas por igual, con aquella innecesaria guerra atómica que llegó precisamente cuando se pensaban que lo tenían todo resuelto y a salvo... al igual que lo pensaron antes de la de 1914. La contienda no barrió a toda la Tierra, de ningún modo. sino sólo una tercera parte, pero si aniquiló mi confianza en la naturaleza humana... y me temo que en la divina también... y destruyó a Mónica.

"...y ella murió como hemos de morir todos y desde entonces tú percibes al mundo como en un sueño..."

¿Un sueño? Quizás nos falte un Browning para hacer reales aquellos momentos de la historia moderna vertidos por sobre el Niágara del pasado, para hallarlos de nuevo como

una aguja en el pajar o el átomo en el remolino, y marcarlos perfectamente... los momentos del vuelo estelar y aterrizaje planetario grabados como él lo había hecho en los momentos del Renacimiento, en indelebles aguafuertes.

¿Sin embargo... el mundo, el universo (¿Marte? ¿Tierra?) sólo un sueño? Bueno, acaso un mal sueño a veces, ¡eso seguro!, me dije cuando hice volver mis errantes pensamientos al aparato volante y al invariable desierto rosado bajo el pequeño sol.

Al parecer, no había omitido nada... mi segunda mente había estado vigilando despierta y con atención los instrumentos, mientras mí primera mente divagaba en imaginaciones y recuerdos.

Pero las cosas aparecían más fantasmagóricas que nunca. El silencio resonaba ahora, metálico, como si acabase de finalizar un gran volteo de campanas, o estuviese a punto de comenzar. Había amenaza ahora en el pequeño sol a punto de ponerse detrás de mi, trayendo la noche marciana y lo que las cosas-seres marcianas pudieran ser sin que ellas mismas lo supieran todavía. La llanura rosa se había vuelto siniestra. Y por un momento estuve seguro de que si miraba en el Interior del traje espacial verde vería a un negro espectro más tenue que cualquier coleóptero, o bien un rostro de pardos y descarnados huesos y de torva sonrisa... el Rey de los Terrores.

Con la rapidez de la lanzadera del tejedor vuelan nuestros años: el Hombre va a la tumba, ¿y dónde está?.

Lo misterioso y sobrenatural no se evaporaron cuando el mundo se superpobló y se hizo inteligente y técnico. Se trasladaron al exterior... a la Luna, a Marte, a los satélites de Júpiter, a la negra y enmarañada floresta del espacio y a las distancias astronómicas y a los inimaginablemente lejanos ojos de buey de las estrellas. A los reinos de lo ignoto, donde acontece aún lo insólito a cada hora y lo imposible cada día...

Y precisamente en ese momento vi a lo imposible erguido, con una altura de ciento veinte metros y vestido de encaje gris, en el desierto frente a mi.

Y mientras mi primera mente se quedaba helada durante segundos que se extendieron a minutos y mi visión central quedaba inescrutablemente clavada en aquella Incredulidad bifurcada al máximo con su opaco matiz de arco iris prendido en el encaje gris, mi segunda mente y mi visión periférica llevaron a mi aparato volante

en rápido descenso a un suave y rasante aterrizaje de ensueño con sus largos esquíes sobre el rosado polvo. Manipulé un mando, y las paredes de la cabina oscilaron en silencioso descenso, a ambos lados del asiento del piloto, y bajé por la ensoñadora gravedad marciana al suelo blando como una almohada melocotón oscuro, quedándome en contemplación de la maravilla, y fue entonces cuando mi mente primera comenzó por fin a funcionar.

No podía haber duda alguna sobre el nombre de aquello, pues hacía no más de cinco horas que contemplé una vista suya registrada en la cinta... era la fachada occidental de la catedral de Chartres, esa obra maestra del gótico, con su aguja sencilla del siglo XII, el *Clocher Vieux*, al sur, y su aguja ornamental del siglo XVI, el *Clocher Neuf*, al norte; y entre ellas el gran rosetón de quince metros de diámetro y, debajo, el pórtico de triple arcada repleto de esculturas religiosas.

Rápidamente ahora, mi mente primera pasó de una teoría a otra que explicaran este grotesco milagro y salió repelida de ellas casi con tanta celeridad como si fuesen polos magnéticos.

Era una alucinación procedente de las mismas cintas grabadas. Si, quizás el mundo como en un sueño. Eso es siempre una teoría y nunca útil.

Una transparencia de Chartres había pasado ante mi placa visora facial. Sacudí mi casco. No era posible...

Estaba viendo un espejismo que había atravesado cincuenta millones de millas de espacio... y algunos años de tiempo también, pues Chartres había desaparecido con la bomba de París que mal dirigida cayó hacia Le Mans, lo mismo que la capilla Rockefeller desapareciera con la bomba de Michigan y la de Santa Práxedes con la de Roma.

Aquella cosa era una maqueta construida por los coleoptéridos, de acuerdo a un plano telepatizado de la imagen mental recordada de Chartres y conservada en la memoria de algún hombre. Pero la mayoría de las imágenes memorizadas carecen de tanta precisión y jamás oí hablar de coleópteros imitando policromas vidrieras, aun cuando construyesen nidos con agujas y capiteles de trescientos metros de altura.

Aquello era una de esas grandes trampas hipnóticas que los Jingoistas areanos pretenden reiteradamente que nos están tendiendo los coleópteros. Sí, y el universo entero estaba construido por demonios para engañarme sólo a mí... y posiblemente a Adolfo Hitler... como hipotetizara antaño Descartes. Basta.

Trasladaron Hollywood a Marte, como antes lo hablan trasladado a México, y a España, y a Egipto, y al Congo, para reducir gastos, y habían terminado precisamente una epopeya medieval: *El jorobado de Nuestra Señora de París*, sin duda con algún estúpido productor que subtitula a Notre Dame de Paris por Notre Dame de Chartres, porque a su amante de turno le parecía que esta última tenía mejor aspecto ambiental y el público ignorante no notaría la diferencia. Sí, y probablemente hordas alquiladas por casi nada de negros coleópteros como comparsería para la figuración de monjes, llevando hábitos de burda estameña y con máscaras humanoides. ¿Y por qué no un coleóptero para el papel que Ouasimodo?... eso mejoraría las relaciones entre las razas. No ha de buscarse la comedia en lo increíble.

O bien habían estado dando un paseo por Marte al último presidente chiflado de La Belle France, para aplacar sus nervios, y, con tal motivo, le habían procurado una maqueta de la catedral de Chartres, toda su fachada oeste, para seguirle la corriente, del mismo modo que los rusos habían construido sus poblados de cartón para impresionar a la esposa alemana de Pedro III. ¡La Cuarta República en el cuarto planeta! No, no te vuelvas histérico. Pues esa cosa está ahí.

O quizá —y aquí mi primera mente se desbocó— el pasado y el presente existen de algún modo en alguna parte (*¿La Mente de Dios? ¿La cuarta dimensión?*), en una especie de animación suspensa, con pequeñas veredas de cambios sonámbulos discurriendo a través del futuro mientras las acciones voluntarias de nuestro presente lo trastocan y quizás, quien sabe, ¿otras sendas discurriendo también a través del pasado?... porque podrían haber viajeros profesionales del tiempo. Y acaso, una vez en un millón de milenios, un aficionado halla accidentalmente una puerta.

Una puerta de acceso a Chartres. ¿Pero cuándo?

Mientras me detenía en estos pensamientos, con la mirada fija en el prodigio gris "...¿Vivo o estoy muerto?",—percibí un gemido y un susurro a mi espalda, y me volví, viendo al traje espacial verde salir por los aires del aparato volante, viniendo en mi dirección, pero con su cabeza agachada, de manera que no pude distinguir si habla algo tras la placa visora. Me quedé tan inmóvil como en una pesadilla. Pero antes de que el traje espacial llegase a donde yo estaba, vi lo que acaso lo transportaba, una ráfaga de aire que había sacudido al aparato volante y provocado densas y altas columnas de polvorosa, que formó una serie de plumosas nubes. Y luego el viento se abatió sobre mi y como por la escasa gravedad de Marte uno no se asienta demasiado firme sobre el suelo, se me llevó rodando lejos del aparato, en medio de la ola de polvo y con el traje espacial, que iba más rápido y más alto que yo, como si estuviera vacío... aunque bien es verdad que los espectros son livianos.

Aquel viento era más poderoso que cualquiera de los que suelen azotar Marte, con certeza superior a cualquier ráfaga, y mientras iba yo dando delirantes tumbos, protegido por mi traje y por la baja gravedad, tendiendo inútilmente las manos para asirme a los mezquinos salientes rocosos por entre cuyas largas sombras marchaba dando vueltas, me encontré pensando con la serenidad de la fiebre que aquel viento no soplaba sólo a través del espacio de Marte, sino también a través del tiempo.

Una mezcla de viento del espacio y viento del tiempo... ¡qué rompecabezas, qué enigma para el físico y diseñador de vectores! Parecía injusto, de mala fe, pensé mientras seguía en mi rodar, algo así como proporcionar al psiquiatra a un paciente con psicosis y sojuzgado por el alcoholismo. Pero la realidad siempre se encuentra mezclada y yo sabía por experiencia que sólo pocos minutos en una cámara anecoica, sin luz, de gravedad cero, hacia que la mente más normal derivara incontrolablemente hacia la fantasía... ¿o es que siempre eso es fantasía?

Uno de los salientes rocosos más pequeños tomó por un instante la forma retorcida del perro de Mónica Brush cuando murió... no en la explosión con ella, sino por la radioactividad, tres semanas después, sin pelo e hinchado y rezumando una especie de baba. Parpadeé.

Luego cesó el viento, y la fachada oeste de Chartres se cernió verticalmente sobre mi, y me encontré agazapado en los polvorientos peldaños del claustro sur, con la gran imagen de la Virgen mirando severa desde la parte superior del elevado portal al desierto marciano y las estatuas de las cuatro artes liberales alineadas bajo ella... Gramática, Retórica, Música y Dialéctica... y a Aristóteles con el entrecejo fruncido mojado una pluma de piedra en la también pétrea tinta.

La estatua de la Música golpeando sus campanillas berroqueñas, me hizo pensar en Mónica y en cómo mientras ella estudiaba piano ladraba Brush contrapunteando los ejercicios de su ama. Luego recordé haber visto en la cinta que Chartres es el legendario lugar de eterno descanso de Santa Modesta, una bellísima muchacha que a causa de su fe cristiana fue torturada hasta la muerte por su padre Ouirino en los días del emperador Diocleciano. Modesta... Música... Mónica.

La doble puerta estaba un poco abierta y el traje espacial verde quedó allí como tendido de bruceas y esparrancado, con el casco alzado, como si fisgase en el interior, desde el nivel del suelo.

Me puse en pie y subí, ¿flotando a través del tiempo?, Grotresco, con peldaños cubiertos de polvo rosa. Polvo, ¿y qué era yo, sin embargo, más que polvo? "¿Vivo o estoy muerto?"

Me di cada vez más prisa, levantando al andar el fino polvo en remolinos rojo melocotón, y casi tropecé con el traje espacial verde al agacharme para darle la vuelta y mirar por su placa visora. Mas, antes de que pudiera hacerlo completamente me fijé en el portal y lo que vi me detuvo. Lentamente me afiancé de nuevo sobre mis pies y di un paso más allá del postrado traje espacial verde y luego otro.

En vez de la gran nave gótica de Chartres, larga como un campo de fútbol, alta como una sequoia, avivada por una policroma luminosidad, había un interior más pequeño y oscuro... eclesiástico también, pero románico, hasta latino, con macizas columnas de granito y ricos peldaños de mármol rojo que llevaban hasta un altar en el que relucían los mosaicos en la semioscuridad. Un tenue haz de luz proveniente de otra abierta puerta, parecido a un foco de teatro, encendido entre bastidores, se proyectaba sobre el muro opuesto a mi, revelándome un sepulcro magníficamente ornamentado, en el que una estatua funeraria—un obispo con su mitra y báculo—yacía en un recargado friso de bronce sobre una brillante losa de Jaspe verde, con un globo terráqueo de lapislázuli, entre sus rodillas de piedra, y nueve columnitas de mármol color melocotón primerizo alzándose en derredor suyo hasta el dosel...

Pues, naturalmente: ésta era la tumba del obispo del poema de Browning. Esta era la iglesia de Santa Práxedes, pulverizada por la bomba de Roma, la iglesia consagrada a la mártir Práxedes, hija de Prudencio, discípula de San Pedro, más oculta en el pasado aún que la mártir Modesta de Chartres. Napoleón había tenido la intención de liberar y trasladar aquellos peldaños de mármol rojo a París. Pero al percatarme de esto me sobrevino casi instantáneamente el recuerdo gemelo: que si bien la iglesia de Santa Práxedes había tenido existencia real, el sepulcro de Browning sólo existió en la imaginación del poeta y en las mentes de sus lectores.

¿Podría ser, pensé, que el pasado y el futuro no solamente existan por siempre, sino también todas las posibilidades que nunca se plasmaron, ni se plasmaran... de algún modo, en alguna parte (*¿La quinta dimensión? ¿La Imaginación de Dios?*), como si fueren un sueño dentro de otro sueño?... Reptando también como los artistas, o lo que cualquiera piensa de ellos... Vientos cambiantes mezclados con vientos del tiempo y con vientos del espacio...

En este momento reparé en dos figuras vestidas de oscuro en la nave lateral de la tumba y al examinarlas vi a un hombre pálido de negra barba que le cubría las mejillas y a una mujer pálida también, de lacio pelo oscuro, tocada con tenue velo. Hubo un movimiento próximo a sus pies y apartándose de ellos, una parda y gruesa bestia negra, semejante a una babosa casi sin pelo, reptó alejándose de ellos y se perdió entre las sombras.

No me gustó aquello. No me gustó tal bestia. Ni me gustó su desaparición. Por vez primera me sentí en verdad atemorizado.

Y luego la mujer se movió también, de modo que el borde de su amplia falda negra pareció barrer el suelo, y con acento auténticamente británico dijo: "¡Flush! ¡Ven aquí, Flush!" y recordé que ése era el nombre del perro que Elisabeth Barret se llevó consigo cuando huyó con Browning de la calle Wimpole.

La voz llamó de nuevo, ansiosa, pero su acento inglés le había desaparecido ya, era en verdad una voz que yo conocía una voz que heló la sangre en mis venas y el nombre del perro se había trocado en *Brush* y alcé la vista y la barroca tumba había desaparecido y los muros se habían tornado grises y retrocedido, pero no tan lejos como los de la Capilla Rockefeller; y allí, viniendo hacia mí por la nave central, alta y esbelta, ataviada con su negra toga académica con las tres barras de terciopelo del doctorado en las mangas y el pardo de la Ciencia orillando su birrete, estaba Mónica.

Creo que me vio, creo que me reconoció a través de mi placa visora, creo que me sonrió tímida, temerosa, maravillada.

Luego, tras ella, hubo un resplandor rosáceo, formando un luminoso nimbo en torno a su cabello, como la aureola de una santa. Pero el resplandor se hizo después demasiado brillante, hasta resultar intolerable a la vista, y algo me golpeó, echándome atrás a través del portal, haciéndome dar vueltas como una peonza, de manera que cuanto vi fueron remolinos de polvo rosa y el firmamento constelado.

Creo que lo que me asestó aquel golpe fue el fantasma del frente formado por una explosión atómica.

En mi mente se hallaba el pensamiento: Santa Práxedes, Santa Modesta, y Mónica, la santa atea martirizada por la bomba.

Luego, todos los vientos se fueron y me hallé serenándome, en el polvo, junto a mi aparato volante.

Escudriñé en derredor, a través de los manguantes remolinos de polvo. La catedral había desaparecido. Ni loma ni estructura alguna resaltaban por ninguna parte sobre la lisa planicie del horizonte marciano.

Apoyado contra el aparato volante, como si se hallara aún en pie sostenido por el viento, estaba el traje espacial verde, con su espalda vuelta hacia mí, su cabeza y hombros hundidos, en una actitud remedadora del más profundo desaliento.

Fui rápidamente hasta él. Me asaltó el pensamiento de que podría haberse venido conmigo trayendo a alguien a mi presente actual.

Cuando le di la vuelta pareció contraerse un poco. La placa visora estaba vacía. En el interior, bajo la transparencia, formada por mi ángulo de visión, se hallaba la pequeña consola compleja con sus esferas y palancas, pero ningún rostro cerniéndose sobre éstas.

Tomé muy suavemente en brazos al traje espacial, como si fuese una persona y me fui hacia la puerta de la cabina.

No existimos más plenamente que en las cosas que hemos perdido.

Hubo un verde destello del sol mientras su última plata se desvanecía en el horizonte.

Brotaron todas las estrellas.

Reluciendo verde, la más brillante de todas, baja en el firmamento, allá donde el sol se había puesto, se encontraba la estrella vespertina, la Tierra.